EL DIA
EDICION EN HUECOGRABADO
AÑO 2.—N.o 42
Montevideo, julio 16/1933

Poetisa María Eugenia Vaz Ferreira

María Eugenia Vaz Ferreira

EL 13 DE JULIO de 1875 nació en Montevideo, María Eugenia. Hija de don Manuel Vaz Ferreira, Portugués de nacionalidad; y de doña Belén Ribeiro, de las familias Ribeiro y Freire, y española de Soria. Hace por lo tanto 58 años, del advenimiento de esta poetisa vigorosa, cuya obra total no conocemos todavía. Nuestro SUPLEMENTO intenta hoy con estas páginas tributar un homaje a su memoria

Sólo tú

Mi corazón ha rimado
con el corazón del día
en un palpitar flameante
que se convirtió en cenizas...

Mi corazón ha rimado
con las rosas purpurinas,
y se cayeron los pétalos
de las corolas marchitas...

Con el vaivén de los mares
mi corazón hizo rima,
y se rompieron las olas
en espumas cristalinas...

Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra
guardas tu inmortal caricia.

DOÑA BELEN RIBEIRO Y SU HIJO CARLOS

DON MANUEL VAZ FERREIRA

Vaso fugitivo

Por todo lo breve y frágil,
superficial, fugitivo,
por lo que no tiene bases
argumentos ni principios.
por todo lo que es liviano
veloz, mudable y finito.
por las volutas del humo,
por las rosas de los tirsos,
por la espuma de las olas
y las brumas del olvido...
por lo que les carga poco
a los pobres peregrinos
de esta trashumante tierra
grave y lunática, brindo
con palabras transitorias
y con vaporosos vinos
de burbujas centelleantes
en cristales quebradizos...

BARCAROLA DE UN ESCEPTICO

CASA de la calle Marsellaise donde la familia Vaz Ferreira vivía en invierno

Alma mía
que tornas al viejo lar
con la red seca y vacía
de las orillas del mar,
con la red seca y vacía
que en la plenitud del día
no te atreviste a arrojar

Yo he visto los peseadores
pescando gloria y amores
que disiparon después.
Unos llevan cosas muertas,
otros las llevan desiertas,
lo mismo es.

Alma mía,
que la red seca y vacía
no te atreviste a arrojar.
Entre la arena y las olas
existen dos cosas solas:
morir o matar.

Alma mía
que traes la red vacía
de las orillas del mar...

CASA paterna de la Av. Buchental, (Prado), donde nació María Eugenia. Se encuentra en el mismo estado, solo se le agregó el ventanal de vidrios

Poetisa María Eugenia Vaz Ferreira

Sea el Señor alabado, que me libró de mí.

Santa Teresa de Jesús.

HOMENAJE de delicadísima significación constituye el deshojar y esparcir, hoy, tantas flores al pie del monumento de María Eugenia.

Nuevas generaciones de discípulas de aquella Universidad que ella honró con su genio y su enseñanza, figuras ligeras y felices, con la armoniosa plasticidad de las jóvenes de los frisos griegos, pero ensombrecidas por la presencia de una imperiosa inquietud, que la muerte imprime en sus ojos, desfilan, depositando flores y se entrecruzan aquí, mientras entregan sus tributos ante un símbolo que se eleva en la llama de una figura incorpórea y dolorosa.

Puede decirse que no todos estos adolescentes espíritus emocionados llegaron a conocer a María Eugenia; generaciones sucesivas, vienen, como en los ritos consagrados, con sus ofrendas de entusiasmo o veneración; lámparas novísimas se cuelgan al pie del ara: la figura de la deidad pertenece a todos ya.

De los que vivieron al mismo tiempo que ella, puede decirse que muy contados son los que se acercaron a su alma profunda.

Su recogimiento y la altivez de su grandeza, por un lado, por otro la no compresión de las externas actitudes, o ambas cosas a la vez, la aislaron y la alejaron de muchos cuerpos, hasta enclaustrarla en su orgullo final, desdeñoso y heroico.

No estamos aquí reunidos para comentar las causas que le trajeron dolor sobre la tierra; ni tampoco para valorar el mérito de la poesía. Los que la conocieron en los últimos años, con cierta intimidad, sabemos que su dolor fué implacable, pero al mismo tiempo adivinábamos la solidez de aquella gloria que ella desdeñaba y que hoy, día a día, se afirma para siempre.

En otra oportunidad, y en ceremonia semejante a la de ahora, inauguramos este monumento de bronce y piedra aquí, en el Prado, el paseo favorito de ella.

Yo dije mi emoción, entonces, en unos versos. Hélos aquí:

Oigo la sacra música que en encendido instante,
escuché de sus labios. La trágica alma hebrea
que inundaba de luces su copa de diamante
¿dónde está? ¿Es posible que "Más Allá" la vea?

La escucho! Cuántas veces, esclava de una idea
fija, vino temblando, a mi, tan vacilante
como ella! Ya no olvido la convulsa marea
metafísica, ahogándole los ojos y semblante!

La veo, sí, entre árboles, vagar, meditabunda...
Verbo de esferas cósmicas, bajo su voz profunda,
penétrame en las sienes y me inclina hasta el llanto.

Dime en qué estrella cuaja tu luminoso ruego.
Que aprenden los arcángeles la coral de tu canto.
Dime al fin, que rompiste las cadenas de fuego!

Oigo la sacra música que, en encendido instante,
escuché de sus labios.

La voz de María Eugenia atesoraba una resonancia de profetiza en el instante de la revelación ritual. Una sonoridad de oboes, algo así como si ella hablara al borde de una pequeña gruta, y el eco repercutiera sutilmente, amoldándose sobre las palabras, como halo resonante de ellas, en un apoyo finísimo de sonoridades.

Yo pude oir su voz muchísimas veces. Voz denunciadora de dolores infinitos, alternando con infantiles lamentos y con afirmaciones formidables.

Expresaba un riguroso concepto sobre el arte, con la sinceridad y la intransigencia de los profetas. De súbito, cesaba aquel ritmo solemne, para reír, con una carcajada espléndida, o para alternar con una expresión llana y hasta plebeya, como si estuviera arrepentida de haber subido tanto.

Recordemos, por un momento: l'inflexion des voix chéres qui se sont tues, que evoca Verlaine. ¿Quiénes, entre sus amigos, no recuerdan, en este momento, la voz de María Eugenia, entre las voces que no han callado y que no han muerto?

Hay voces que poseen más virtud de permanencia y de retorno, que otras; hay voces, muy queridas, de personas que se han ido, llevándose gran parte de nuestra vida, pero que levantan inexplicables dificultades para ser evocadas. Vienen sólo en determinados instantes, y no solas, y no puras, sino casi desconocidas... Y cuando creemos poseer su clave, se nos extravian de nuevo!

La voz de María Eugenia, no. Goza de una permanencia que no se borra; cuando vengo a este Prado, me parece percibirla, cuando paso por la calle Yí, miro la casa en que vi por última vez a la poetisa y me parece que su voz me interroga y sin querer, vuelvo la cabeza hacia la pobre habitación en que vivía.

.....¿La trágica alma hebrea,
que inundaba de luces su copa de diamante,
¿dónde está?

Mucho se ha dicho del alma de María Eugenia. Cuando se estudiaron, al principio, sus poemas, se halló en ellos una tendencia germánico - helenizante. Yo me permitiré la libertad de no compartir esa opinión casi unánime. María Eugenia tuvo, últimamente, el culto por lo germano; muy enérgico, era ese culto. Aprendió el idioma alemán, principalmente para acercarse más a los grandes poetas, como Heine, a quien adoraba, y cuyos 'lieds' la oí yo recitar con su extraordinaria y acariciante entonación:

"En alas de mis cantos te llevaré; te llevaré
hasta las riberas del Ganges...

Recitaba el original en alemán y despues traducía, con unas modulaciones originales.

Además, quiso, poseyendo el idioma, acercarse más a Wagner y Beethoven, cuyas almas deseaba comprender cada vez más. Por otra parte, a modo de reacción; cada vez que en diversos diarios y espectáculos, la puerilidad ciudadana, durante la guerra, intentaba rebajar a Alemania, ella erguíase, armándose para la defensa, como una walkiria desterrada y aislada de las demás. En cierta noche, comentándome el triunfo de un poeta inferior, y su influencia y su fama, decíame, como decisivo argumento: —Bah. Después de la derrota de Alemania, todo es posible. Hasta que triunfe, ese.

Por otro lado, el sentido cuidadoso de la forma, el amor a la palabra como elemento poético, por su ritmo y su color, el culto sincero de la claridad expresiva, pudieron contribuir a que las personas y los críticos la vincularan con lo helénico.

No obstante estas apariencias, yo creo que, en su esencia, María Eugenia, era el vaso de un alma ardiente y trágica de hebrea. Su perfección formal, es la de los Salmos, y la línea de su poema viene limitando la blancura de la Torre de David. Sus versos se acercan a la perfección, pero en ellos trasciende y embriaga la cálida perfección de los nardos de Oriente... Mismo su semblante moreno, en la feliz adolescencia, evocaba a la Sulamita y a las doncellas de Engadí, con ojos ardientes y sombríos, también...

Una vez se retrató, o se hizo una adaptación fotográfica, imitando al conocido cuadro de Regnault. Reproducía ella, la figura de Salomé, sentada, con el aire triunfal e irónico de la bailarina que al ritmo de la danza, besó los labios del Bautista.

Pero, en el otro extremo de este aspecto oriental, su fe religiosa, su hermetismo, y su intangibilidad corpórea y espiritual, si a alguien hacen pensar, es, precisamente a las heroínas bíblicas, como Judith y Esther, y otras fuertes mujeres, que gustaban oír la voz de la tórtola en el valle, o recogían la espiga de oro, pero que se aterrorizaban ante los sacrificios, interpretando en la guerra o en el relámpago la presencia y la palabra del castigo eterno.

La soberbia firmeza con que resguardó y escudó su personalidad, y defendió su credo artístico y su fe religiosa, el arisco desdén con que supo encumbrarse en la soledad, son elementos de un significado análogo a los temas de los salmos de la Biblia. Por otra parte, el pavor místico, la humildad con que recurría al ceremonial religioso, la adoración hacia los rituales pomposos, el culto de las hecatombes simbólicas de la fe y la belleza, confirman este modo de interpretar su personalidad íntima.

¿Y aquel desacirse de todo lo terreno? Aquel desprecio suyo por lo que no fuera Dios o la belleza, aquel abandono y renuncio de la comedia cotidiana, y sus glorias, ¿no representan, acaso, el más auténtico sentido interpretativo del alma hebrea?

Su mismo concepto de tránsito, aplicado a lo de la tierra; de provisoria concesión o prueba fugaz, para aspirar después a una eternidad revelaba tan sólo a unos pocos; ese concepto rígidamente creído y practicado sin dobleces, para ella constituyó una decisiva pragmática, que cumplió como sólo podrían hacerlo los poseídos divinos de las viejas religiones.

...¿Es posible que Más Allá, la vea?

Sí. De acuerdo con lo que hemos sostenido, y con el cristianismo que fluye de su personalidad, atraídos por su voz que sigue resonando en nosotros, no dudamos de que alguna vez, volveremos a encontrarnos con su desolada sombra.

La escucho! ¡Cuántas veces, esclava de una idea
fija, vino, temblando, a mí, tan vacilante
como ella!

Esto es cierto. Hablan muchos de las rarezas y de las actitudes inexplicables de María Eugenia. La gruesa psicología de los filisteos que la vieron, no pudo soportar aquellos desequilibrios y los condenó, y se burló de ellos. Muy pocos tuvieron el poco feliz privilegio de poseer los resortes secretos de aquel dolor.

Algo, pude conocer yo. Muchas veces, de noche, venía a confesarme sus sufrimientos, magnificando los conflictos diarios, que exacerbaban su tragedia íntima: la dispersión y el caos de su voluntad.

Las anécdotas abundan, ¿para qué aumentarlas? ¿Citar aquella imperiosa necesidad que la obligaba a tocar la tierra, por tres veces, todas las noches, al llegar la hora de las doce, hallase donde se hallase? ¿O

aquel terror que la dominaba de no poder salir, de quedarse enclaustrada en alguna habitación, o casa, o teatro? ¿O aquella sutilísima, pero insoportable preocupación, cuando se hallaba en el teatro, de que no iba a poder presenciar el fin de la obra o del concierto, porque, fatalmente, de un momento a otro se iban a apagar las luces? Esas y otras muchas ideas permanentes, en el fondo, nada agregan a la valoración de su obra; proporcionan detalles sobre su figura, ya lejana y astral; ella consideraba a esas cosas como cenizas; la obra era todo; su verso sería inmortal, eso le bastaba. El tormento de los geniales, el tributo oscuro que exige, como si fuera un déspota, el inconsciente, para entregar más tarde la maravilla y la concreción diáfana de la creación artística; todo ese torturador ejercicio, se expandía en ella en tumultosas quejas y terribles confesiones.

—Ya no olvido la convulsa marea
metafísica, ahogándole los ojos y el semblante!

Toda confesión terminaba, generalmente, en llanto. La marea metafísica colmaba su mar, después de haber ido creciendo y de haber sacudido su cuerpo, haciéndola permanecer toda la noche en contemplación y acecho. Por eso, es que, ella, en su invocación famosa a la Noche, la llamó:

"Noche de las delicias mudas y negativas,
de que gozan los muertos vivos como fantasmas".

La miro, sí, entre árboles, vagar, meditabunda...

Entre estos árboles del Prado. Ella solía vagar, sola, con paso grave por estas avenidas. Otras veces, en tranvía, a altas horas de la noche, exploraba, haciendo interminables recorridos. Su actitud llamaba la atención. Era la suya, una marcha ausente, lenta, como vigilando un tropel de ideas fijas o fobias, que había que encauzar; pastora desvelada de turbios rebaños de obsesiones.

"Verbo de esferas cósmicas, baja su voz profunda"

Sí. Su voz, después que ella ha muerto, viene otra vez a los oídos. ¿De dónde? De ella, no puede ser, porque ya no está entre nosotros.

De la memoria surge, dirán; o por los verticales caminos de las armonías, mejor, debe bajar. Se ha sublimizado su voz. Nuestra memoria reproduce las imágenes auditivas y las oímos, como emanando del interior de nosotros; pero igualmente pueden los etéreos mundos, en confidencias inefables, trasmitirnos la duradera sonoridad de su voz. Tan poco fácil es, al fin y al cabo, explicar de qué manera quedó aprisionada su voz en los difíciles telares de las neuronas, como explicar la procedencia cósmica que le atribuye la poesía.

Pero, eso sí, si esa voz viene a nosotros, tiene que traernos la noticia de la liberación de María Eugenia.

"Dime en qué estrella cuaja tu luminoso ruego".

Esa voz debe explicarnos y revelarnos cómo y en qué estrella se ha volcado, celebrando el milagro hipostático del enlace de lo fluyente del espíritu con lo eterno del vaso formal y astral. Aquel lirismo inmenso no ha podido extraviarse. La luz que en los ojos y en los poemas de la mujer había, ha circulado por las fuentes y escalas pánicas, hasta cuajar en alguna forma remota. Si no es en estrella real, que ya sea en estrella de nuestro espejo interior; sabido es que nuestra alma se ahonda en cielos, en montañas y océanos, revelados ya por San Agustín.

"Que aprenden los arcángeles la coral de tu canto"

Insistamos. El alma de María Eugenia estaba poseída por el misticismo. Procedía con la fe y la certeza intuitiva de los iluminados en el trance místico, siempre que delante de ella se planteasen los problemas y los asuntos de Dios y de la belleza. En todo lo demás, vacilaba y caía.

Su actitud frente a la poesía y a la música, llegaba hasta consubstanciarse con el arrobamiento religioso. Contemplarla en un concierto, o en un espectáculo teatral, frente a las Walkirias de Wagner, por ejemplo, era gozar del milagro de desentrañar, en la actitud temblorosa de la pitia, el secreto del mensaje délfico. Las olas de músicas de los mundos, la subyugaban; muy pocos, antes que ella, supieron desentrañar ese tesoro de las noches que cantó; sus ojos se ahondaron, hasta convertirse en remansos para esas olas sin contacto. Allí venían a morir. O a nacer, transfiguradas en su espíritu.

Todos sabéis que para algunos observadores antiguos, cada sonido de las masas astrales, al girar, correspondía a un tono musical de la escala. Ese pitagórico paralelismo de armonías, fué confirmado más aún por el simbolismo de más de un diálogo platónico. Los cuerpos celestes ya no eran solamente montones de materias inflamadas o extintas. Participaban también de las llamadas potencias anímicas, y se expresaban con lenguaje de músicas, para matizar de ese modo, el largo coloquio de los inmortales. Pero, existen más identificaciones. Las esferas de que habla Platón en el "Timeo" con sus antecedentes en los sonoros números que se desprendieron de la sien de Pitágoras, se agrupan en los tiempos, para constituir el milagro anunciador de las falanges de ángeles cristianos, y de la música que con ellos desciende, producida por sus voces o por el roce de sus alas flamígeras como espadones de luz.

En los antiguos salmos del pueblo hebraico, entonados por David, las voces de los fieles en oración se confundían con las alabanzas armonizadas de los mundos, y a ellos se agregaron además, las contribuciones del coro y de los cantares angélicos.

La música ya se ha hecho religión. Dante, muchos siglos más adelante, tiene conocimiento de esa armonía, que él transforma en concierto medioeval; los pintores primitivos, amigos e inspirados por Dante, representan las músicas religiosas en corales alegóricas, y, después, descifranla los grandes místicos. Es el mismo enagenamiento armonioso que transforma a los órganos de las catedrales en colmenares acústicos, y se expande en seguida en las misas campales de los ejércitos cristianos y en las solemnes misas de los músicos de genio.

Eco sutil o ramificación sonora de esa colosal sinfonía multisecular, era aquella música de la noche, que buscó y oyó mil veces María Eugenia, impregnándose de religiosidad y enardeciéndose de sufrimiento, porque a veces no la oía bien, abrumada por el hirviente rumor de sus abismos. Este amor así, hacia la noche, es otra confirmación del alma antigua, caldea, o mejor, hebrea, de María Eugenia.

"Dime, al fin, que rompiste las cadenas de fuego"

Este verso último, cierra el soneto, con una necesaria y justísima aspiración.

Es necesario creer que ella dejó de sufrir. Jamás creía, mientras estuvo entre los vivos, que las "cadenas de fuego", pudieran caer destrozadas. Por eso, para su mal psíquico no hubo tratamiento posible. Tanto la hicieron sufrir en este tránsito, los tormentos de su psique enferma, que cuéntase que una vez llega ella hasta Dios, para pedirle, en una oración: "que no le diera vida después de la muerte".

Que no le diera vida, querría decir la pobre, como la vida que llevó. Los dolores del espíritu y las hiperestesias, que le hicieron percibir hasta en los sonidos un matiz de sufrimiento, como en casi todos los insomnes; las dudas, se condensaron en cadenas de fuego que la obligaron a rogar en ese tono que, en su intensidad la nivela con algunas terribles expresiones de los más grandes místicos.

Encierra mayor turbación de sufrimiento ese ruego de María Engenia, que la queja, entre inefable y terrible, de aquel comendador Joan de Escrivá, famosa en España, desde que se oyera, por primera vez, allá por el siglo XV:

Ven muerte, tan escondida,
que no te sienta conmigo,
porque el gozo de contigo,
no me torne a dar la vida.

Tenemos la imperativa necesidad de creer, pues, que las cadenas de fuego se han roto. Cuando se piensa en lo que sufrió la morena arcilla de aquella mujer, sólo puede desearse que hoy nos confiese, ella, que tanto dudaba — con una suprema afirmación — que ya, desde hace seis años, es libre y feliz. Y que vive, a pesar de su famoso ruego; que vive en los círculos de la música y de la luz de Dios, ya que nosotros, aquí, entre los entes fugaces, sabemos sin duda alguna, que, en la admiración de los últimos creyentes de la belleza, su figura jamás se extinguirá.

EMILIO ORIBE